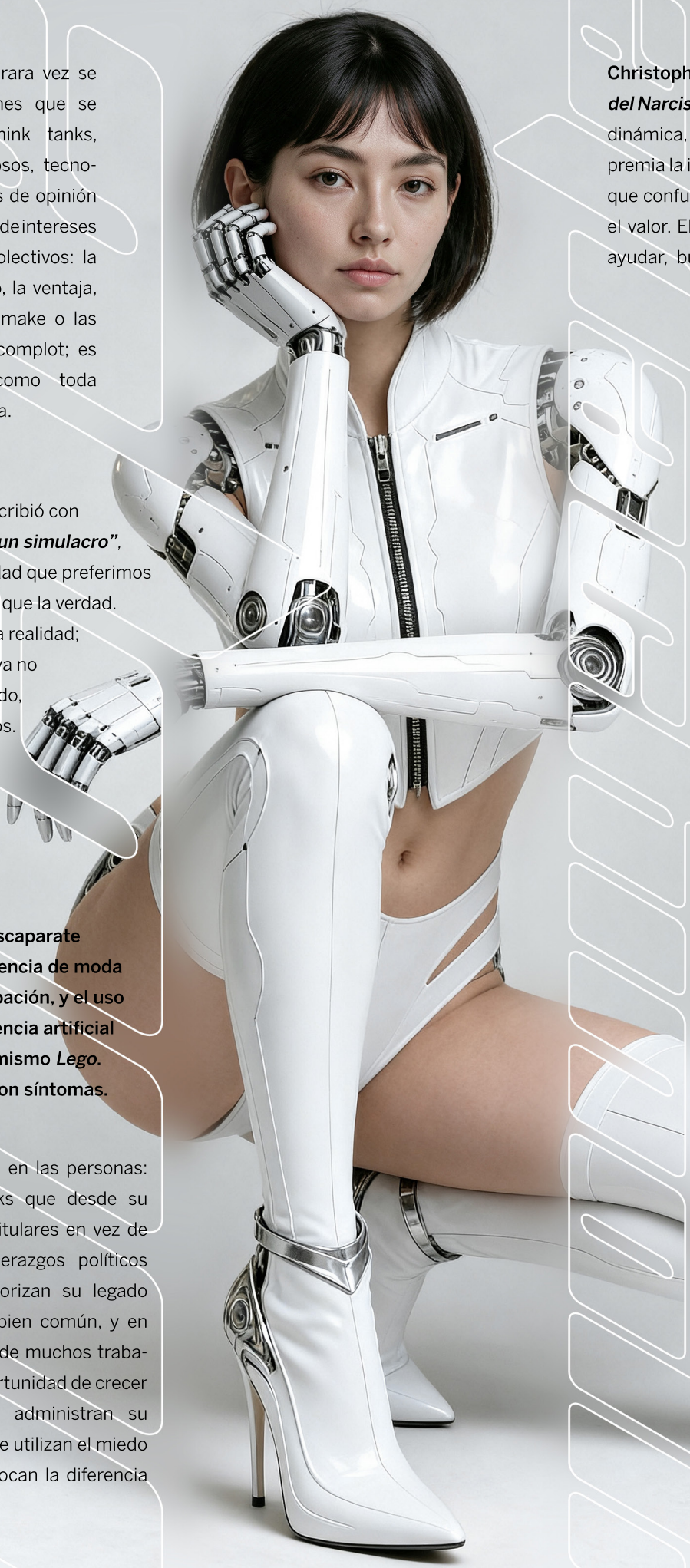
Sin embargo, su peso rara vez se refleja en las decisiones que se toman arriba. Los think tanks, líderes políticos, religiosos, tecnológicos y las tendencias de opinión suelen orbitar alrededor de intereses más personales que colectivos: la marca propia, el legado, la ventaja, la nueva historia en remake o las tradiciones, no es un complot; es una costumbre, y como toda costumbre, se normaliza.

Jean Baudrillard lo describió con precisión: ***"Vivimos en un simulacro"***, en una copia de la realidad que preferimos porque es más cómoda que la verdad. El simulacro no oculta la realidad; oculta el hecho de que ya no la buscamos y, sobre todo, que ya no la necesitamos.



El wokismo de escaparate el consumo por tendencia de moda y marcas sin comprobación, y el uso acrítico de la inteligencia artificial son piezas de ese mismo *Lego*. No son enemigos; son síntomas.

Esa lógica no vive solo en las personas: vive en los think tanks que desde su percepción producen titulares en vez de soluciones, en los liderazgos políticos o industriales que priorizan su legado demográfico sobre el bien común, y en un sistema laboral donde muchos trabajadores quedan sin oportunidad de crecer mientras unos pocos administran su propio escaparate, y que utilizan el miedo a lo desconocido y colocan la diferencia como una amenaza.

Christopher Lasch, en ***La Cultura del Narcisismo***, le puso nombre a esa dinámica, habló de una sociedad que premia la imagen sobre la resolución, que confunde el reconocimiento con el valor. El narcisista, dice, no busca ayudar, busca aparecer; quiere ser visto, admirado, validado.

Evade el compromiso real con los demás y busca la competencia burlona de, según él, la originalidad, cuando todo lo que consume ya está totalmente inventado, no usa la innovación por disrupción, sino por aprobación; usa conceptos por significado y no por significante.

La pregunta no es quién tiene la culpa, sino si estamos dispuestos a ver, porque si la información real se sigue dejando de lado, el destino no será una crisis ajena: será una realidad más virtual que humana, más simulada que sensible, y esa realidad no la impondrá nadie desde afuera; la habremos elegido entre todos, con cada clic, cada compra, con cada crítica y cada silencio.

Somos los responsables de un destino que aún no reconocemos como propio; lo reconocemos abiertamente como prestado, es individualista y, al final, el conflicto seguira siendo una impronta civilizatoria.